

Año 1911. Sábado 11 de Noviembre de 1911.

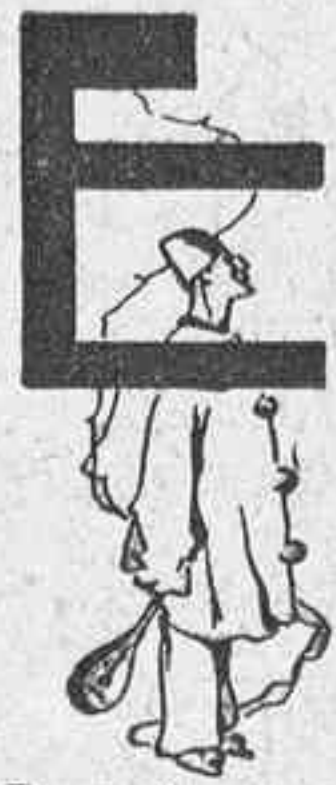
Núm. 91.

# Madrid Cómico



20 cts.

# GARIA SEMANAL



El proceso Coll es la comidilla de la semana.

Y parece mentira que todavía preocupe á nadie ese asunto, esperando novedades inútiles de esperar, pues gracias á los modernos medios de publicidad está ya todo el mundo enterado de una porción de cosas, que maldito lo que le importan á nadie.

Que si la señora, que si la Celestina, que si el señor... en fin una porción de lindezas.

Con decir que han estado los jueces y los médicos muy preocupados acerca de la calidad de cierta substancia, que no saben como explicarse, en la víctima, y en aquel momento.

Señores, que por mucho menos se ha denunciado esta semana el ¡Ahí vá! Pues nada, muy sesudos magistrados y muy notables facultativos, han estado ocupadísimos en cochinería de tal calibre como averiguar la causa de ciertas poluciones, cuyos vestigios indudables aparecieron en las ropas interiores del difunto.

Peró lo tremendo es ver las cosas que pasan en este bajo mundo, por culpa del pícaro honor. No hay nada tan acomodaticio como eso de la honra y eso de la moral. Lo que es decentísimo en la Folinoria, es una desvergüenza intolerable en Carabanchel de arriba, y lo que en la calle de la Montera es cosa correcta y aceptada, puede ser motivo de acres censuras y hasta de graves disgustos en una ciudad de Nicaragua.

Conque venga cualquiera á fiarse de la honra y de la moral como principios inmutables y dogmas incontrovertibles.

Para todos estos casos no hay nunca nada tan á punto como el recuerdo de la frase de Beaumarchais: «Mire usted donde de monios ha ido á alojarse el honor.»

\*  
\*\*

¿Saben ustedes lo que le ha ocurrido el otro día al general Echagüe, capitán general de Valencia?

Pues el hombre, que sin duda anda pensando en la restauración de los virreinos, fué y suspendió la segunda representación del hermoso drama de Joaquín Dicenta *Daniel*.

¿A título de qué?

No se sabe.

Porque es de recordar que *Daniel*, representado con gran éxito en España y fuera de España, se estrenó hace ya más de cuatro años en el teatro Español, en noche de beneficio de Fernando Díaz de Mendoza. Conque no será tan tremebunda y peligrosa la obra, cuando todo un marqués de Fontanar la eligió para representarla ante un público en el que predominaba el elemento conservador y aristocrático.

Por cierto que era presidente del Consejo de ministros D. Antonio Maura y ministro de la Gobernación, D. Juan de la Cierva y Peñafiel, los cuales no se metieron para nada con el drama. Y Díaz de Mendoza siguió siendo tan grande de España.

\*  
\*\*

Y no deja de ser curioso el detalle del general mandando que en lugar de *Daniel* se representara *En Flandes se ha puesto el sol*.

Porque preeisamente en esa obra de Marquina, no queda muy bien parado el nombre español en los Países Bajos. Y me río yo de la escenita del segundo acto, cuando llegan los flamencos aterrados, huyendo de las atrocidades del capitán Acuña.

No creo yo que sea precisamente lo más á propósito para levantar el civismo del público, y hacer mirar con simpatía al personaje.

\*  
\*\*

Mientras aquí nos pirramos por traducir comedias del francés, casi siempre muy malas, mire usted por dónde, los franceses nos dan una lección de buen gusto.

En el teatro de las Artes, en París, acaba de estrenarse fidelísimamente traducido: *El mejor alcalde el rey*.

La crítica se ocupa extensamente, y como lo que es, como de un acontecimiento, al tratar de ese hermoso drama, cuyo asunto es el mismo que el de *García del Castañar* y *La luna de la sierra*, es decir, aquella alianza tan frecuente durante la edad media, del monarca y el pueblo, para contrarrestar las demasías de la nobleza.

La traducción, hecha concienzudamente por Camille La Sienne, y Guillot de Jaix, no es la nefanda refundición que ahora se estila por acá, con el doble y divertido objeto de estropear la obra clásica, y que la firme y cobre, sobre todo que la cobre un señor que no es precisamente el que la escribió. Los escritores franceses se han tomado la molestia, molestia que han partido con ellos el director escénico, de trasladar la obra con todos sus cuadros y siguiendo hasta el metro de los versos, cosa difícil en la poética francesa que es tan pobre de rima.

Y el éxito ha sido con ellos.

Y ahí tienen ustedes al público parisién, que mientras aquí va la gente á ver tonterías galicursis al teatro de la Comedia, llena allí el teatro de las Artes para acudir con entusiasmo casi religioso á las representaciones de *El mejor alcalde el rey*.

\*  
\*\*

Hasta para estar enfermo hay que huir de las vacilaciones.

Gutiérrez estaba enfermo de la garganta, y padecía al mismo tiempo del estómago.

— Tome usted un jarabe —le decía el médico.

— Pero eso que es bueno para la garganta, me estropea el estómago.

— Pues para el estómago, tome usted un ácido que voy á recetarle.

— Pero ese ácido me hace daño en la garganta.

Y el médico tuvo que decirle:

— ¿Pero es que quiere usted estar enfermo de los dos sitios, para una sola cuenta que me va á pagar? ¡Quia, hombre! Decida usted que enfermedad de las dos es la que le conviene más.

Pedro de Répide.

# ¡Oh la fotografía!

Asunción y D. Ramón (un matrimonio hasta allí) hablaban ayer, y oí que así decía Asunción: —Tal vez será ilusión mía, y al ser mía será vana; pero yo creo que gana todo en la fotografía. ¿No ves palacios ruinosos y parques abandonados que luego fotografiados resultan maravillosos? Respecto á los animales opino también así. ¿Te acuerdas de la *Mimi*, la perra de Juan Morales, que, por lo fea, estricnina más que otra cosa merece? Pues retratada, parece la emperatriz de la China. Y esto aún es más evidente en las personas. Probado está que el que es retratado mejora notablemente; y hasta hay niñas de ojos hueros y narices aplastadas, que cuando están retratadas parecen bellas Oteros. En cuanto calló Asunción le dijo así su marido: —Esposa, tenlo entendido: no hay regla sin excepción. Tu mente todo lo iguala. ¿No recuerdas á Lucía? —Recuerdo, por vida mía, que es una tiple muy mala, que su voz es un temblor de tierra, y produce espanto con su método de canto, que no puede ser peor. —Es mala, pero no es fea, y ya ves cómo Lucía pierde en la fotografía por superior que ésta sea; pues hace poco, en el Real cantando se retrató, y el retrato me gustó menos que el original. —Repito que ese es tu error, é insisto en mi parecer: retratada, esa mujer resulta mucho mejor. —¿Cómo, si es hembra que encanta, gana en la efigie Lucía? —¡Porque en la fotografía no se oye lo que canta!

Juan Pérez Zúñiga.

## Gente del pueblo.

A mis buenos amigos y maestros José López Silva y Antonio Casero.

—Camará, qué entretenido que te encuentro, Casildeo... ¿Qué te lees? ¿Acaso el *Flaury*?

¿El catecismo?

—Na de eso; ya sabes que mis ideas no son de los Reverendos Padres Trapensen.

—¡Pa chasco! Como que es cursi...

—Pus leo este librajo, una *papa*, una colección de versos de López Silva y de otro gacholi, Antonio Casero... —Güeno, ¿y qué? Ya sé quién dices. —¡Cuasi ná!.. Que voy leyendo, y hasta la bilis protesta en mi interior con estrépito... —Jombre, no hay que sofocarse, *desageras*...

—¿Desagero? ¡Tú estás en ama entoavía si piensas así!..

—Te ruego que todo menos tomarme por el pito del sereno... —Pero ven acá, insensato, escucha, y no la enredemos... dime: ¿está bién que la tomen con nosotros los del pueblo? ¿Con nuestras pobres costillas, que en continuo movimiento días tras días se ocupan en labores de su sexo, pa ganarnos cuatro reales cochinos pa un mal puchero, mientras el débil marido se encuentra cuasi sufriendo en las tascas, tarde y noche, cun amigos, de tuteo, acusando las cuarenta ú fallando el as al Verbo por no tener un rincón en donde dar con sus huesos pa trabajar?..

—Dos palabras... —No te azmito ni un conceto si no apoyas toas mis frases y estás conmigo de acuerdo;

hablo como Dios...

—Entonces, descuida que no te ojeto. —¿Te gustaría, Epifaneo, y esto es hablarte en preterito que dijeran que tu esposa te la está dando con queso? como dicen de otros.

—¡Vamos! Eso es salirse del tiesto... —Pa mi que no. Tu suponte que tu mujer, que tie mérito, como saben mas de cuatro, sale, te compra un cencerro y te lo cuelga en la alcoba, y já tí, Weyler! ná, tan fresco. ¿Por qué ha de venir un hombre sin miaja de miramiento y ha de contar á too el mundo lo que á ti, manso de genio, consientes porque te sale del contrafuerte derecho?.. —Te diré...

—¿No estás conforme? —¡Qué he de estarlo!..

—Vete al cielo... Claro, como no cavilas y ties secoo el cerebro, no sabes tomar las cosas como es lógico...

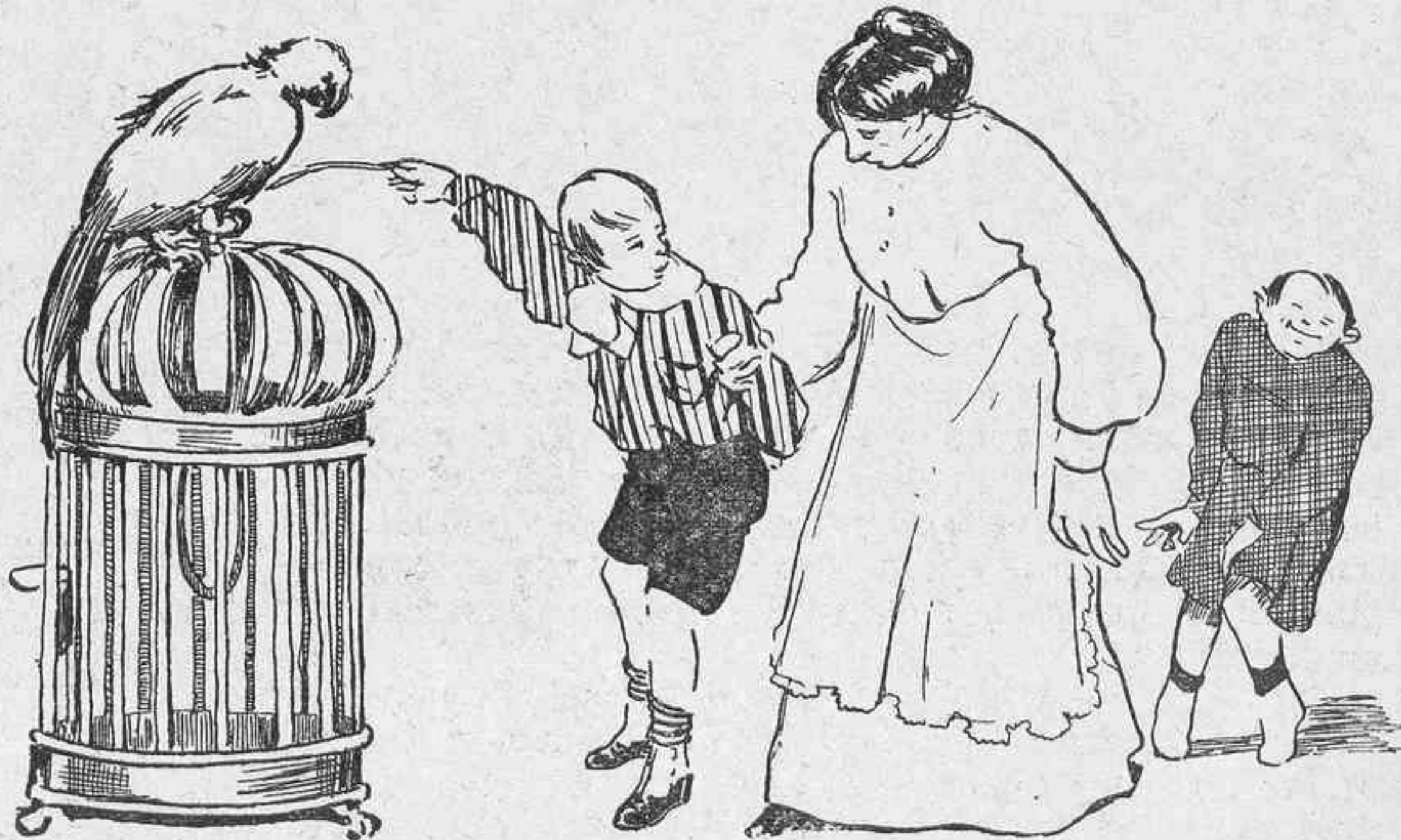
—¿Sí? Güeno: ¿sabes lo que estoy pensando? —No t' adivino.

—Que tengo un amigo que padece del racionismo...

—¿Es chungueo? —Es la chipén, créeme á mí; ponte en cura, estás enfermo y así que sanes, me avisas y entonces discutiremos... —¿Te moscardoneas?

—Clari... Repito que no estás bueno. —¿Yo? ¡Puede!.. ¡Que te columpien!.. —Y á ti que te den un pienso...

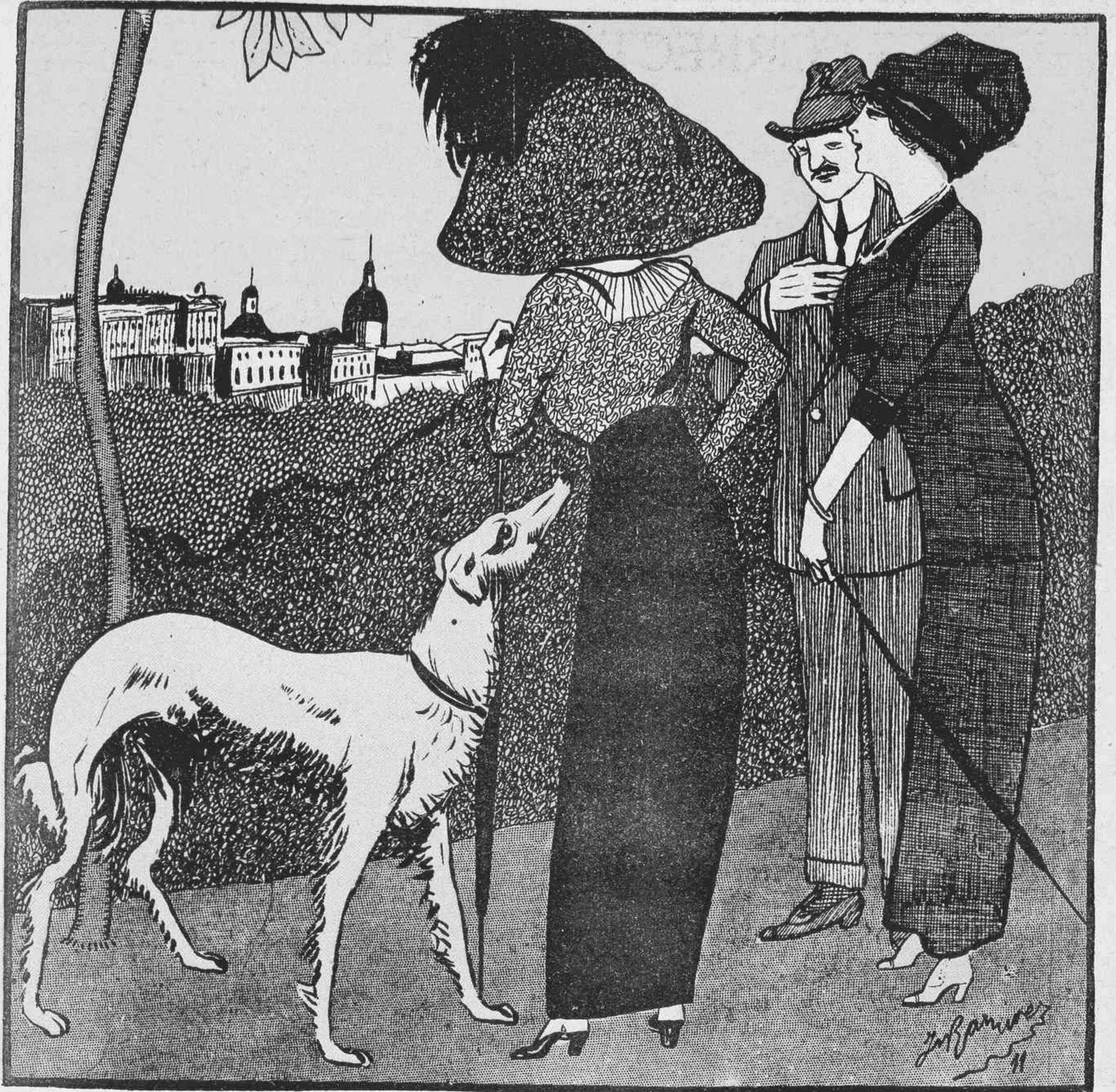
Fernando Porset.



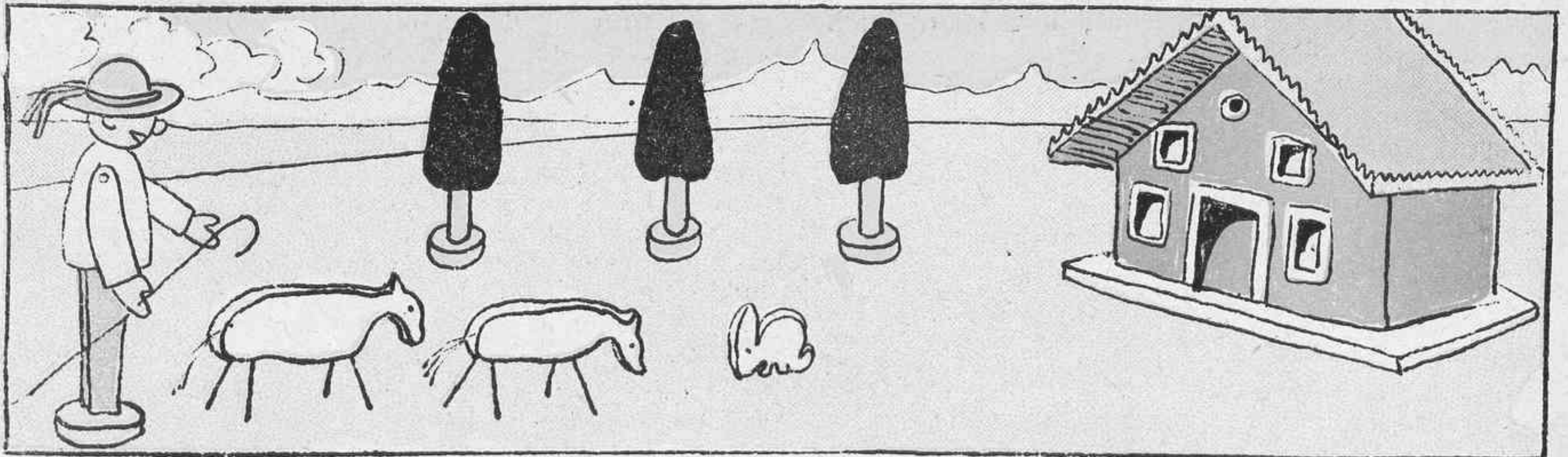
—No le pinches que te va á picar; ¿no ves que no te conoce? —Pues dile que me llamo Lólo.



JOSÉ RUBIO



—¿Sabéis que Isabelita y Sánchez se casaron la semana pasada?  
—Pues no me explico cómo se van á arreglar, porque él ¡no tiene nada!



# CORRECTAMENTE.....

## CUENTO



A antes de subir al vagón la ví paseando por el andén.

Era una mujer alta y esbelta, á pesar del amplio y largo guardapolvo de seda. Tenía los cabellos de ese rubio ceniza de las estampas inglesas, y todo en ella, desde los pies calzados con zapatos de gamuza y hebilla dorada, hasta la gorra de punto blanca que entonces todavía asombraba, era de una exquisita distinción.

Con ella paseaba un caballero, con aspecto de comerciante ó de diputado provincial rico. Por el andén iban y venían los mozos de equipajes, soñolientos y malhumorados; unas monjas, la pareja de la guardia civil y tres ó cuatro payeses...

El tren estaba ya dispuesto, y á las ventanillas se asomaban rostros lívidos y graves por el madrugón.

Mediaba Junio. Eran las cinco y ya había salido el sol. Causaba una grata caricia el sutil airecillo mañanero.

Busqué un coche donde no hubiera mucho equipaje, en virtud de mi antiespañola costumbre de no charlar con el primer encontrado en bancos de paseo, en tranvías y en ferrocarriles.

Saqué del portamantas dos ó tres periódicos barceloneses, otros tantos madrileños, tres libros y la guía... para luego no leer nada; porque á pesar de los kioscos de periódicos que hay en las estaciones, á pesar de la provisión de libros que todos preparamos antes de tomar billete, ningún viajero lee. O se duerme, ó charla con hombres y piropea mujeres, ó medita á ritmo de tren.

Ya instalado, me senté á la ventanilla, vagamente inquieto por quién sería el dueño de una maleta pulcramente enfundada, de lona gris, que había en la rejilla.

¿Sería de la viajera del cabello rubio?

Ella seguía paseando lentamente, andando con severa elegancia, hablando despacio. El, no tan distinguido, pero sí más de lo que me pareció al principio. Tal vez no fuera diputado provincial ni comerciante.

A ambos se les notaba ese dolor discreto de las personas que han entregado su vida á la corrección y al buen gusto.

Pero sufrían. Sobre todo él. Tenían sus ojos una mirada ancha, extática, como una mano que quisiera agarrar la visión y guardarla mucho tiempo.

Sonaron dos campanadas, y los payeses que iban y venían por el andén echaron á correr asustados hacia los vagones de tercera, y entraron de cabeza temiendo que darse en Barcelona.

La viajera y su acompañante se acercaron despacio á mi coche.

Abrí galantemente la portezuela y me retiré al otro extremo. Ella me dió las gracias con una inclinación de cabeza. Luego se acodó en la ventanilla, de espaldas á mí, para hablar con el caballero.

Sólo oía la voz de ella, clara y bien timbrada, de una cálida caricia de contralto.

—Claro.

—....

—Bueno...

—....

Sí que es un fastidio.

—....

—Un día sí y otro no.

—....

—Claro.

—....

Se inclinó demasiado fuera y no pude oirla, aunque me figuré sus palabras

De pronto se incorporó, dejando libre la ventanilla, en la cual apareció el busto de él.

—Usted perdone, caballero...

Me acerqué sorprendido.

—Usted dirá.

—Me tomo la libertad de recomendarle á mi señora. Es el primer viaje que hace sola y...

Me incliné todo lo más correctamente posible. Ella sonreía vagamente, confusa.

—Por Dios, Alberto... ¡qué tontería!

—Va hasta Valencia ¿sabe? Allí la espera su madre... ¿Y usted?

—Hasta Madrid.

—¡Ah! Perfectamente. Yo también iré á Madrid en Octubre, cuando se reanuden las sesiones de Cortes.

—Sonreí. Me había equivocado. Diputado á Cortes en vez de diputado provincial. Después de todo...

—¡Ah! Pues nada... Su señora de usted puede mandarme cuanto guste... Estoy por entero á su disposición:

Ella volvió á inclinar la cabeza, sonriendo, y como en aquel momento sonó la tercera campanada reglamentaria, me retiré discretamente al extremo del coche.

Vi aparecer los dos brazos de él en torno del cuello de ella y se besaron castamente.

Pitó la máquina y el tren empezó á andar. Ella siguió largo rato en la ventanilla, agitando un pañuelo.

Bruscamente, al salir de la estación, entró el sol dentro del coche.

—¿Le molesta á usted? ¿Quiere que baje la cortinilla?

—No. Gracias.

Tenía los ojos llorosos y contestó afable, pero un poco altiva. Luego recostó la cabeza contra el respaldo del asiento y cerró los párpados.

Desde el otro extremo, viéndola cubierta de sol, me pareció más bonita que en la fría azuloridad del andén. Y me ratifiqué en mi primera impresión. Era una señora, en el limitado y esencial sentido de la palabra. No había en ella un solo detalle de mal gusto ó de incorrección. Nada que autorizase á ningún atrevimiento de esos que inventan los viajeros de comercio y los toreros.

Desapareció el sol al encajonarse el tren por la zanja de la calle de Aragón. A ambos lados, por encima de nosotros, despertaba la ciudad y sonaban las campanas de los primeros tranvías.

Ella abrió los ojos y aproveché el momento de pedirle permiso.

—¿La molesta á usted que fume?

—No. Gracias.

No fumé. Inmediatamente de preguntarlo me arrepentí. Ciertas cosas que pueden molestar no se confían á la benevolencia ajena. Ella lo comprendió y agradeció el sacrificio con una mirada.

No me atreví á sonreír, sin embargo. Estaba un poco azorado. Con otra mujer hubiera sido imprescindible hablar de cualquier cosa. Con aquella, altiva y severa, en su actitud correctísima de señora casada, me faltaban palabras.

Recordé cosas estúpidas: el cuento del túnel, los baturros del «Paice que se lava, ¿eh?» y del «Chufra, chufra»; la isolación de un sátiro yanqui leída la noche antes en las informaciones inverosímiles de *La Correspondencia*.

Pasaban horas y pueblos.

A las ventanillas se asomaron montañas ingentes, llanuras verdes, trigales recién regados, riachuelos entre rocas y puentecillos rústicos. Subían y bajaban los alambres del telégrafo.

La viajera había sacado un libro de bolsillo. No acerté á ver más que el nombre del editor. Un editor católico que traduce novelas de sacerdotes irlandeses y publica obras de obispos españoles.

Me conmovi y me azoré más todavía. Insensiblemente se adueñaba de mí aquel aire de bondad y rectitud que extendía en torno suyo mi compañera de viaje. Para una mujer como ella fueron inventadas esas palabras de hogar que oímos á cincuenta madres y á nuestras hermanas.

Bien segura podía viajar de que nadie la molestara. Era de las damas imponentes y de ojos serenos, ante las cuales retrocede el más sinvergüenza.

Poco á poco, gracias á pequeños incidentes, trabamos conversación. Pero siempre dentro de una gran corrección por parte mía y de una absoluta distinción por parte de ella.

Comimos en Tortosa, y después ella volvió á recostar la cabeza en el respaldo y cerró los párpados.

Mediaba el día, y bajo el sol de Junio, las huertas regadas por el Ebro tenían policroma exuberancia.

Al salir Masalfasar-Albuixech, ya vencida la tarde, consulté la guía. Faltaban dos estaciones nada más para Valencia y se lo dije algo apenado.

—Dentro de unos minutos llegamos á Valencia.

¿Sí?

—Sí. Faltan nada más que el apeadero del Machistre y El Cabañal.

—¡Ah!

Me pareció que también se entristecía. Si se hubiera tratado de otra mujer, se lo hubiese dicho.

—Le estoy muy agradecida, caballero. Ya le diré á mi

marido lo amable y lo correcto que ha estado usted conmigo.

Me incliné gravemente, y ya no volvimos á cruzar palabra hasta entrar en agujas de Valencia.

—¿Ya?

—Ya.

Callamos. Entró el tren sonoramente, haciendo retemblar los cristales de la techumbre. Antes de que se detuviera abrieron la portezuela y entró un caballero. Ella se abrazó á él y se besaron.

—¡Oh! ¡Carlos!

—Su hermano, sin duda—pensé.

Luego se volvió hacia mí, sonriendo.

—Mira, Carlos, dá las gracias á este caballero. Se ha portado conmigo admirablemente durante el viaje, según le recomendó mamá en Barcelona.

Y señalándome al caballero, añadió:

—Mi marido...

Debí poner una cara francamente imbécil.

—¡Ah! Tantas gracias, señor, tantas gracias... ¿Usted sigue?

—Sí... Voy hasta Madrid.

—¡Ah! También iré yo á Madrid,.. En Octubre, cuando se reanuden las sesiones de Cortes.

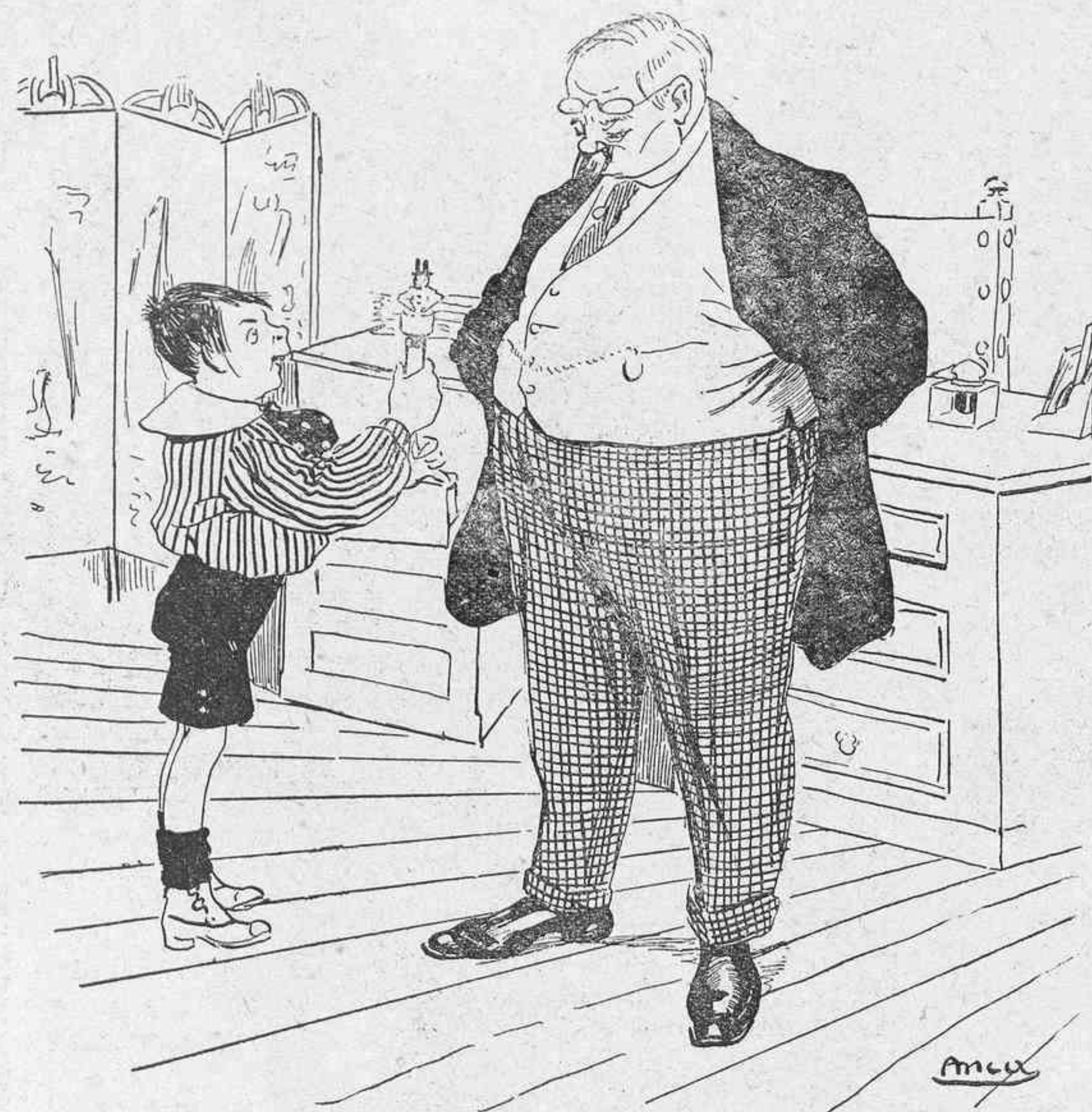
Creí que me caía de espaldas. Pero me incliné correctamente, con la mayor corrección posible, procurando contener la risa.

Y cuando se unieron al grupo de pasajeros que buscaba lentamente la salida, ella volvió la cabeza, sonriéndome con una sonrisa nueva, completamente distinta de las correctísimas que había tenido para mí durante el viaje.

¿Me daba las gracias? ¿Se burlaba de mí?

No lo sé.

José Francés.



—Te pasas la vida jugando, ¿qué haces en el colegio?  
—Esperar la hora de salir.

## ¡Va de cuento!

Bernabé es un infeliz que *raya* en lo memo ya, y qué, para colmo, está casado con una actriz.

Como no tiene que hacer, se pasa el día charlando en el Casino, ensalzando sin cesar á su mujer; con tal pesadez, de modo que no hay ya quien lo resista, excepto un comisionista de Vich, que lo escucha todo.

—¡Es buena actriz, si las hay!  
—decía ayer.—¡Sí señor!

Hoy no hay quien haga mejor los dramas de Echegaray ¿No le ha visto usted ninguno? Y el otro le conrestó:

—Hombre; que recuerde yo le vi en Novedades uno.

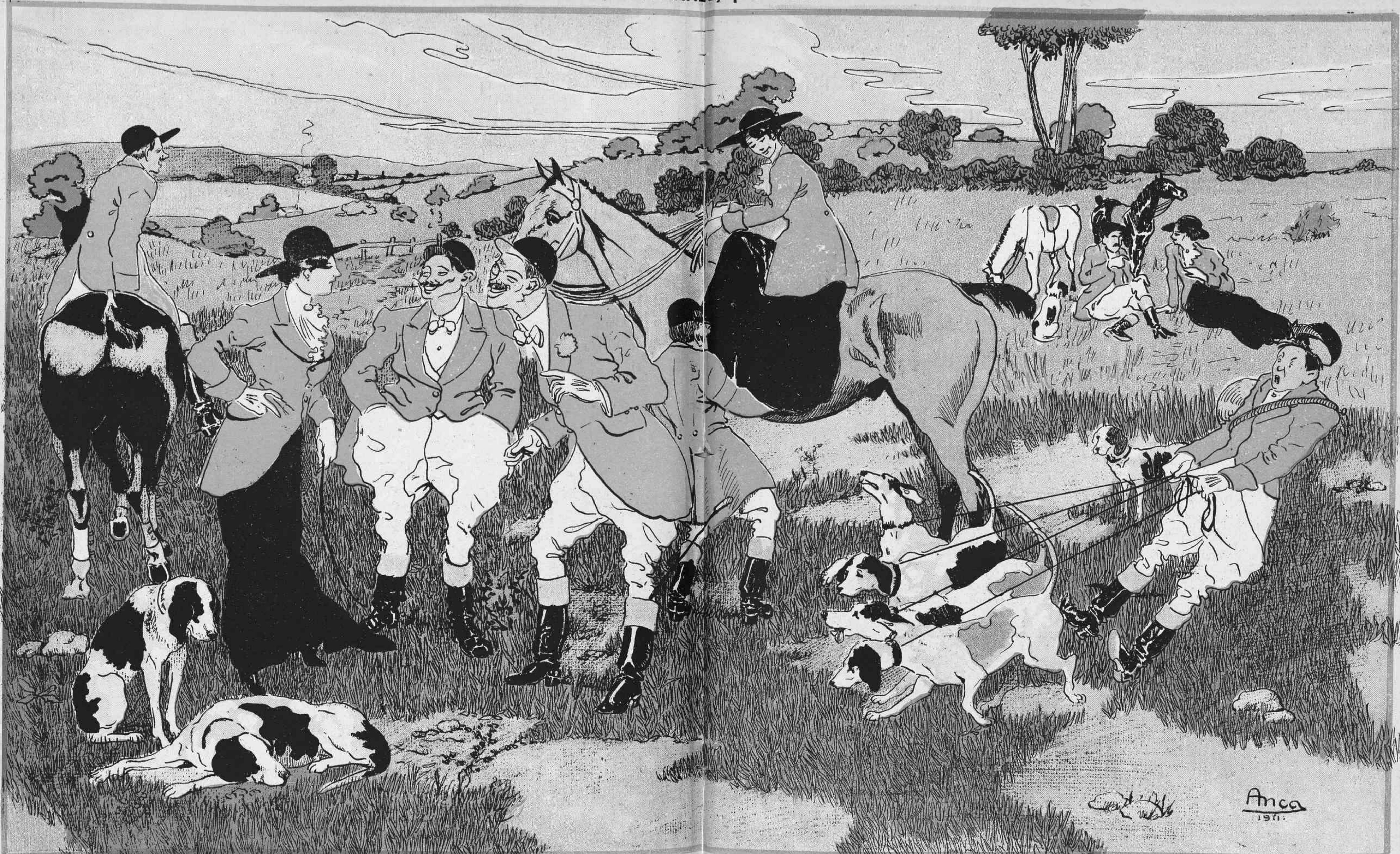
—Y ¿qué le parece á usted?

—Que es actriz de corazón y que tiene usted razón, mi señor don Bernabé.

Yo la vi representar *El Estigma*, de manera que entusiasmaba á cualquiera. Porque en su modo de hablar, de accionar y de vestirse, ¡qué profundidad se vé!

—¡Bah!... ¡¡Pues si la viera usted Lo que no puede decirse!!...

Felipe Pérez Capo.



Anca  
1971.

—¿De modo, Isabelita, que el marqués sigue sin descansar persiguiendo al ciervo?  
—Sí; se ha empeñado en adquirir su cabeza a todo trance.





**F**L doctor Madrazo ó Dramazo, como le llaman los ingenios cortesanos, es un señor que está un poco loco, según la voz popular. De ello debe congratularse el empresario del Español; locos han llamado los vulgos á todos los hombres superiores y yo espero mucho de este distinguido orate en beneficio de la dramaturgia. Debe tan extravagante reputación á ciertas producciones que se salen del camino trillado, y eso irrita mucho á mi señora doña Rutina y el Sr. Cucales, autor dramático *consagrado*, tiene algunas donosas ironías para las audacias inéxico-literarias del Sr. Madrazo.

Figuraos que el *argumento* de su comedia *Pequeñeces* se apoya en unos deleznales microbios, lacras de la voluptuosidad, subrayado doloroso de las dulzuras del amor, y eso indigna mucho á los críticos pudibundos y á esos dramaturgos de pirotecnias echegarayescas ó de chistecitos ó ironías de tertulia del Café Colonial. Yo confío que en el próximo estreno del Sr. Dramazo se armará un poquito de estrépito; se ululará, se aullará y se coceará convenientemente. Pero no faltará un grupo de hombres modernos, cultos y renovadores que le agradezcan su labor.

Y no creáis al leer estos ligeros elogios que hay algún interés particular. Os juro que no tengo pretensiones de estrenar ningún drama.

Lo que si se estrenará, para bien del público y del arte, es una obra titulada *En la prisión*. de Pedro Luis de Gálvez y Fernando Duarte.

A mí me han leído el drama y no recuerdo nada del teatro contemporáneo que tenga la emoción honda y desolada del acto primero. Es en la brigada de un presidio, desapacible lugar que los autores conocen muy bien por malandanzas políticas y fugas revolucionarias.

Yo creo que *En la prisión*, será un éxito formidable. La obra es de anarquismo sentimental, con una gran intensidad de humano dolor, con latigazos de una violencia gorkiana, con una palpitación de vida y de desolación que macera el espíritu y la carne.

Después de saber que *Miquis* ha aceptado esta obra fuerte para su estreno, he empezado á creer que es un hombre inteligente. Yo he leído muy poco de este señor, porque no me distraen los artículos de crítica. Me aborrezco á mí mismo cuando me planto las antiparras de la pedantería para mirar obras ajenas; me gusta más crear que destruir y sólo me consuelo algo al tratarse de la fauna absurda de literaturizantes que han pasado por este retablillo,

Pedro Luis de Gálvez es de los dos ó tres grandes estilistas castellanos; tiene, además, una imaginación visionaria y un alma encendida de ideal, de amor y de dolor. A él y á Duarte les ha enseñado los dientes la fiera cotidiana del vivir; no son, tal vez, hombres como los demás. Quizás porque han recibido más rudamente las mordeduras, los latigazos y las embestidas del azar. Han sentido con más violencia, con más profundidad y esa es la emoción de su obra.

\*  
\*  
\*

Don Melquiades Valerolillo es un poeta moderno, en el concepto que tiene de la modernidad poética el señor Ministro de Instrucción pública.

En su libro *Gritos de ahora* figura el elogio del teléfono, del carbón de cok y del suero antirrábico. Me parece una injusticia que D. Melquiades no le haya dedicado una silba al 606. La podrían publicar como reclamo los especialistas, y he ahí como la fama le sonreiría al poeta desde las nefandas columnas de la Puerta del Sol.

Señores: Lo que antes era  
la muerte, sin solución,  
hoy con el suero antirrábico  
aun puede haber salvación.

Son unos versos capaces de desacreditar la sueroterapia, por ramplonería.

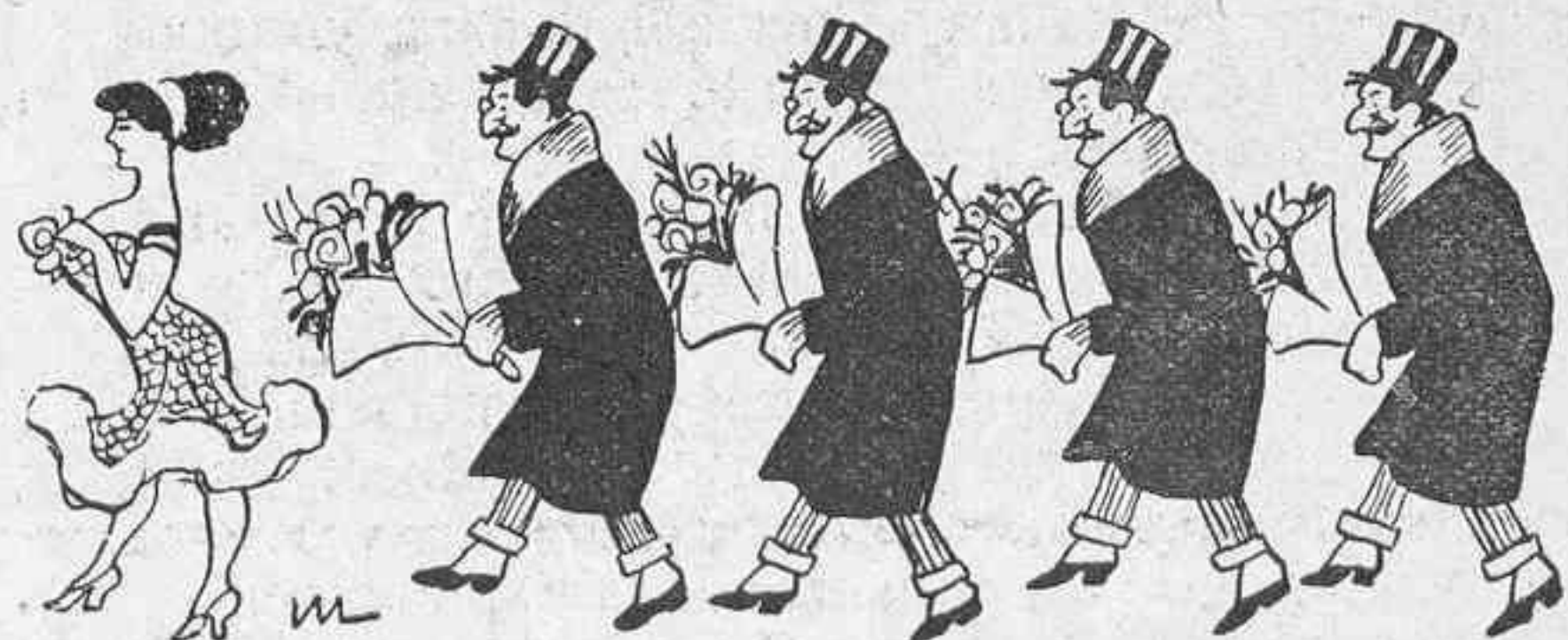
Y ya á los tiernos infantes,  
estando bien intubados,  
con dos ó tres inyecciones  
seguramente están sanos.  
¡Honor al suero que quita  
de la difteria el estrago!

¿No habría ningún suero que nos *quitara el estrago* de los poetillas acéfalos? No estaría mal eso; por ejemplo: que un ciudadano se siente atacado de fobias poético-chirles, tal vez por haber bebido en el mismo vaso que un académico, pues una inyección de esa sustancia de maravilla y listo.

Pero no caerá esa breva y seguirán expresándose en verso los mancebos de botica, los empleados, los guardias-perreros, como llama á los urbanos la jácara popular.

¡Que la ciencia haga el milagro de ese suero antipoético! Porque sino no vamos á poder salir á la calle con tanto vate como anda suelto; y eso es un peligro serio, sobre todo para mí que tengo una piel muy delicada para los rípios.

Emilio Carrere





¿No habéis visitado, lectores amables, la Exposición en estas tardes otoñales, tardes poéticas, cursis y grises? ¿No?..

Pues no perdáis tiempo y en cuanto terminéis de leer estos renglones, si tenéis paciencia para ello y tenéis una peseta, encaminaros hacia ese Retiro, jardín de gratos recuerdos juveniles, en donde se halla enclavada la Exposición de Arte Decorativo ó de Arte Industrial ó Aplicado.

En esta Exposición no resulta muy aplicado, sino des- aplicado; pero, en fin, en dicho Templo, un día sí y otro no, se celebran las célebres cachupinadas.

Yo asisto á todas ellas y bien sabe Dios que disfruto lo indecible.

Mi alma siente una tranquilidad dentro de aquel Palacio de Cristal, tan bonito, cubierto todo él de dibujos de los alumnos de nuestras Escuelas de Artes é Industrias, oyendo el cristalino murmullo de sus dos fuentes, viendo su amplio tablado de *varietés*... y dirigiéndolo todo, amenizándolo todo la gallarda y simpática figura de esa enciclopedia mundial que es hoy Comisario regio y se llama Saint-Aubin.

Allí se celebran las conferencias y conciertos, y aunque domina el espíritu de Cachupín, todo se hace con mucho orden. Uno de los conciertos le dieron las Srtas. Guardia.

El sábado pasado nos regaló con una amena conferencia un popular poeta, ameno, ingenioso, de alma rebelde, pero buen chico.

Malas lenguas, lenguas viperinas, intenciones perversas, querían desacreditar esos conciertos, esas conferencias, esos *ágapes de arte* en donde artistas de conocido mérito derrochan inteligencia, saber, gusto, pasión, alma... ¡Cuánto más se aprende asistiendo á estas cachupinadas que á los cines á última hora de la tarde!

Por más que hay tiempo para todo.

Con grandes alientos, cual el ingenioso hidalgo, pues mucho de hidalgo y de ingenioso tiene, cual esforzado caballero andante, calóse el yelmo de Mambrino, salió á la palestra, subió á la tribuna el simpatiquísimo Luis de Tapia á defenderlo todo, la Exposición, los conciertos, las conferencias, á Cachupín y á la olvidada Cenicienta hermana de las Artes á la pobre poesía con su rima y todo.

Tapia habló y bien lo hizo. Tiene razón, mucha razón; todo en este mundo es cursi. Cachupín domina en todas partes y el que no quiere ser cursi lo resulta mucho más, sólo por no querer serlo.

El reino del gran Cachupín es inmenso. Nuestro arte, nuestras costumbres, nuestra política, nuestro modo de ser, es una cachupinada continua, pero dentro de ella, brilla de vez en vez chispas de arte puro, momentos de inspirada poesía, sensaciones de arte exquisito; así, pues, ensalcemos, glorifiquemos al gran Cachupín.

Sí: yo bendigo las cachupinadas de la Exposición...

Al llegar el sábado, los fotógrafos estaban cumpliendo

su cometido. Presidiendo el acto estaban las figuras elegantes de Répide, tan afeitado que da gusto; Vicentito Almela, que está más gordo que el otoño pasado; dos poetas de pelo lacio y corbata de lazo llorón y, en medio de ellos, radiante, atildado y con zapatos nuevos, el conferenciante Tapia, estaba en actitud de hablar, pero no habla; el poeta de la izquierda pone ojos dulces; el de la derecha los pone melancólicos; Répide se sonríe y Almela no pestañea...; los enfocan, funcionan las instantáneas... y la cosa no creo que tenga nada de cursi.

Lo mismo sucede al visitar las máquinas y talleres de *Blanco y Negro*.

Después habla Tapia.

Luego, Saint-Aubin, dice:

Señores: como estamos en familia vamos á distraernos, y nos presentó á una niña bellísima, con tirabuzones; unos ojos que tiran de espaldas y una preciosa voz. Ella dice que pasó muy mala noche y está mal de voz, pero canta y canta bien varias canciones, una francesa, otra portuguesa, otra española y otra italiana.

Su madre, que está tras un biombo, la prepara un huevo batido.

Al terminar sus canciones, Saint-Aubin dice: «que la den el huevo.»

Ella se toma el huevo.

Tapia protesta porque á él no le dieron huevo.

Después, otra jovencita, revoltosa ella y juguetona, á instancias de sus amigos y familia, con un gusto exquisito canta aquella canción que dice.

«Las monjas de Santa Clara tienen un loro...»

y que termina

... que va del coro al caño del caño al coro...

La jovencita no se equivocó.

Nosotros, en honor de la verdad, hubiéramos querido todo lo contrario.

Luego cantaron y tocaron más y más tarde; anochecido salimos de aquel recinto; cruzamos los tristes jardines del Retiro en grupos más ó menos numerosos.

Delante de mí iba una parejita encantadora. Ella con un *garrotín* graciosamente tocada, él no sé si tocado también, pues iban tan juntos que sólo una sombra parecían, sombra morada, sombra gris, iban envueltos por los últimos resplandores de esas tardes otoñales, tardes todo amor, todo poesía, en que las almas enamoradas se unen con un beso, sin que las mamás se percaten ni lo sospechen...

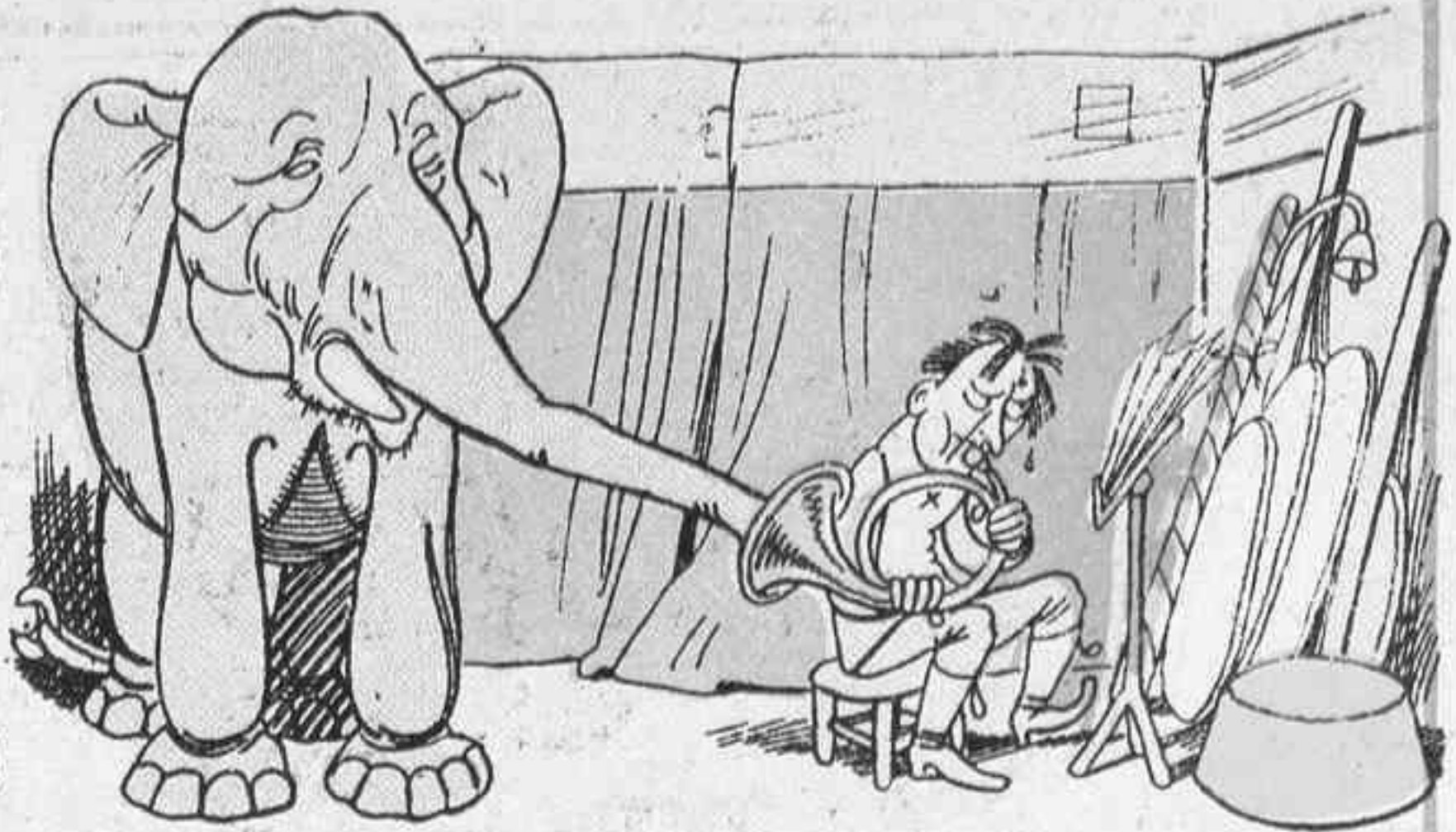
¡Benditas seáis las Cachupinadas de la Exposición!

F. Montagud.

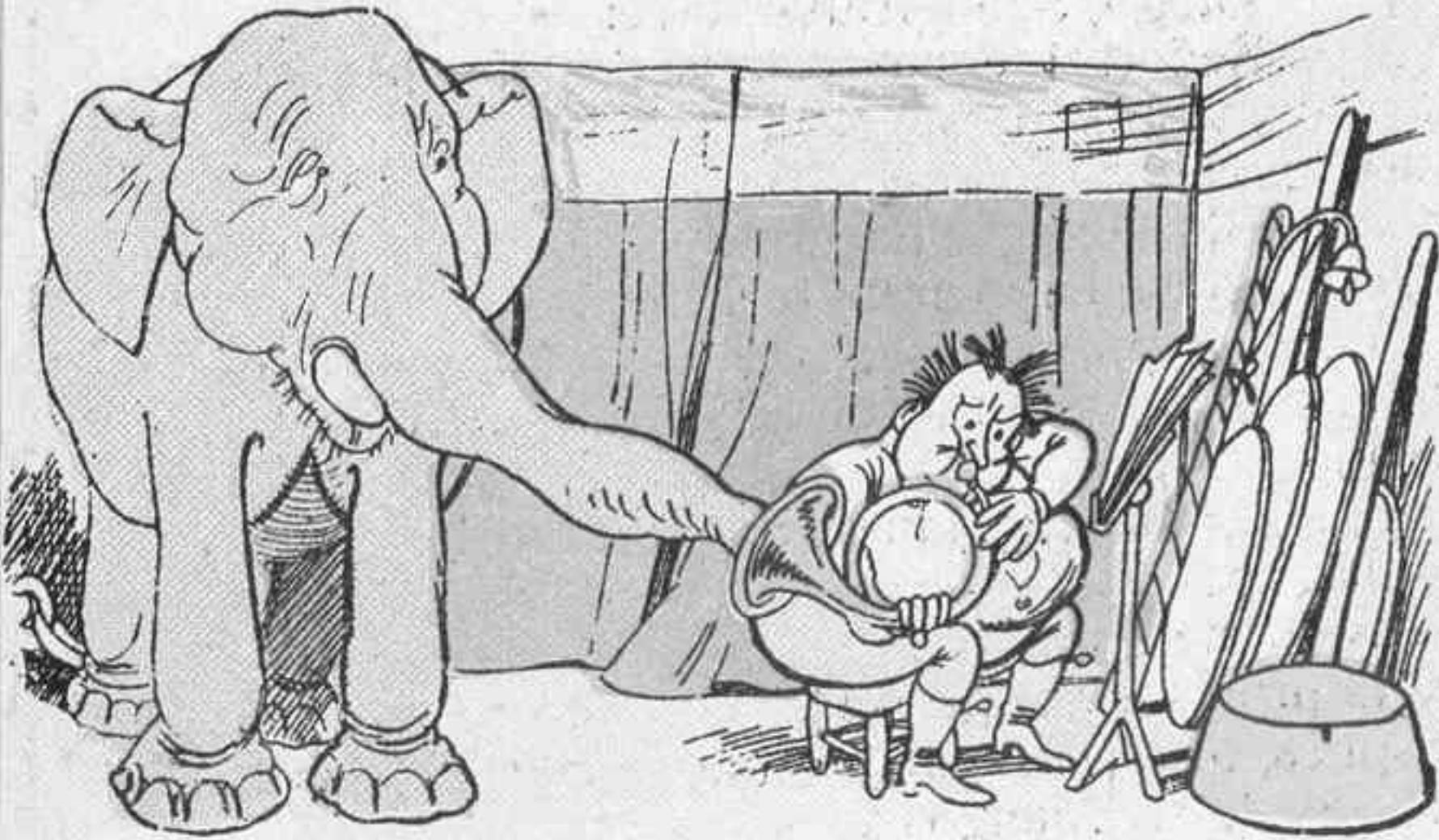




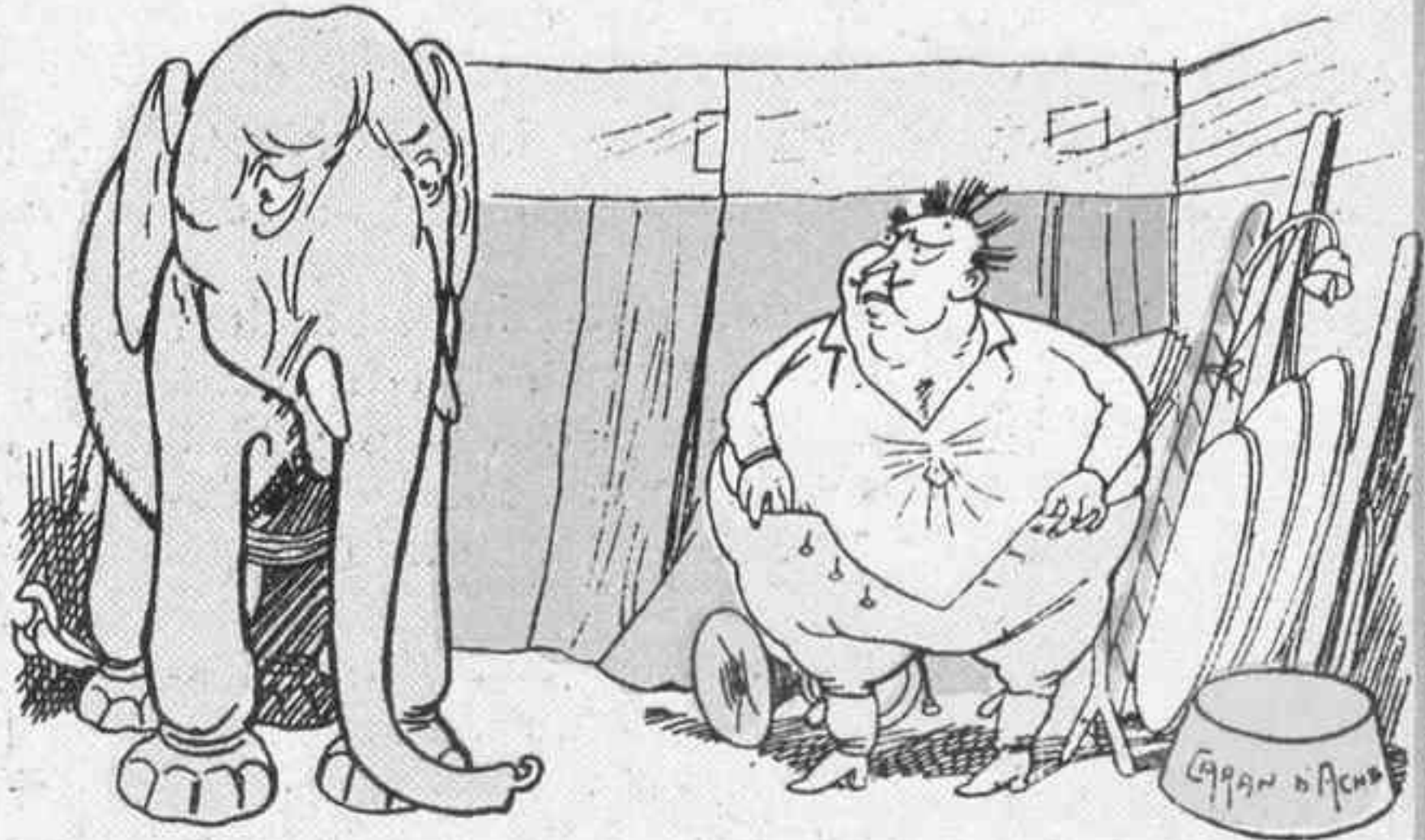
1.—El elefante. ¡Pobrecillo! ¡Me da pena verle soplar, de ese modo!



2.—Voy á ayudarle.



3.—.....



4.—¡Me has revacunado! Bueno que yo esté ancho contigo; ¡pero no tanto!...



—¿Entiende usted el reloj, Juana?  
—Sí, señora.  
—Pues diga qué hora es.  
—Espere usted á que dé.

(Dibujo de Anca.)



—¿No sabes que ha reñido Pilar Medina con su novio?  
—¿Con aquel tan rico? Yo creí que fué su prima.  
—¡Quiá, mujer! ¡La prima ha sido ella!...

(Dibujo de Ramirez.)

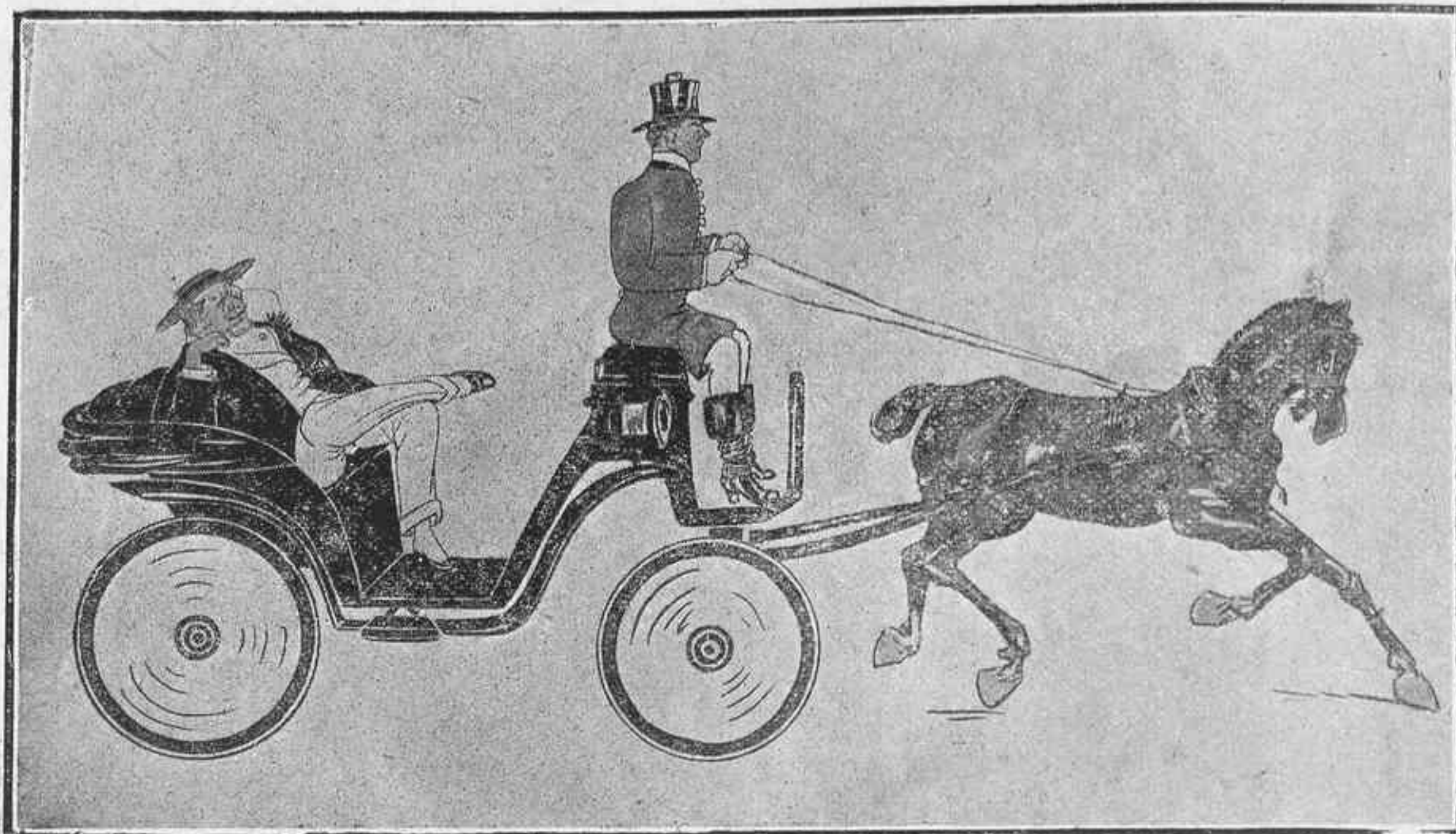




# EXPOSICION de CARICATURAS



Tomás Pellicer.



Caricatura del Duque de Tamames.

Nuestro querido amigo el joven y conocido caricaturista Tomás Pellicer, expone una colección de caricaturas personales en el elegante saloncito de Iturriz, situado en la calle de Fuencarral.

Todas las tardes se ve tan pintoresca y singular Exposición, concurridísima por lo más elegante y distinguido de la Sociedad madrileña.

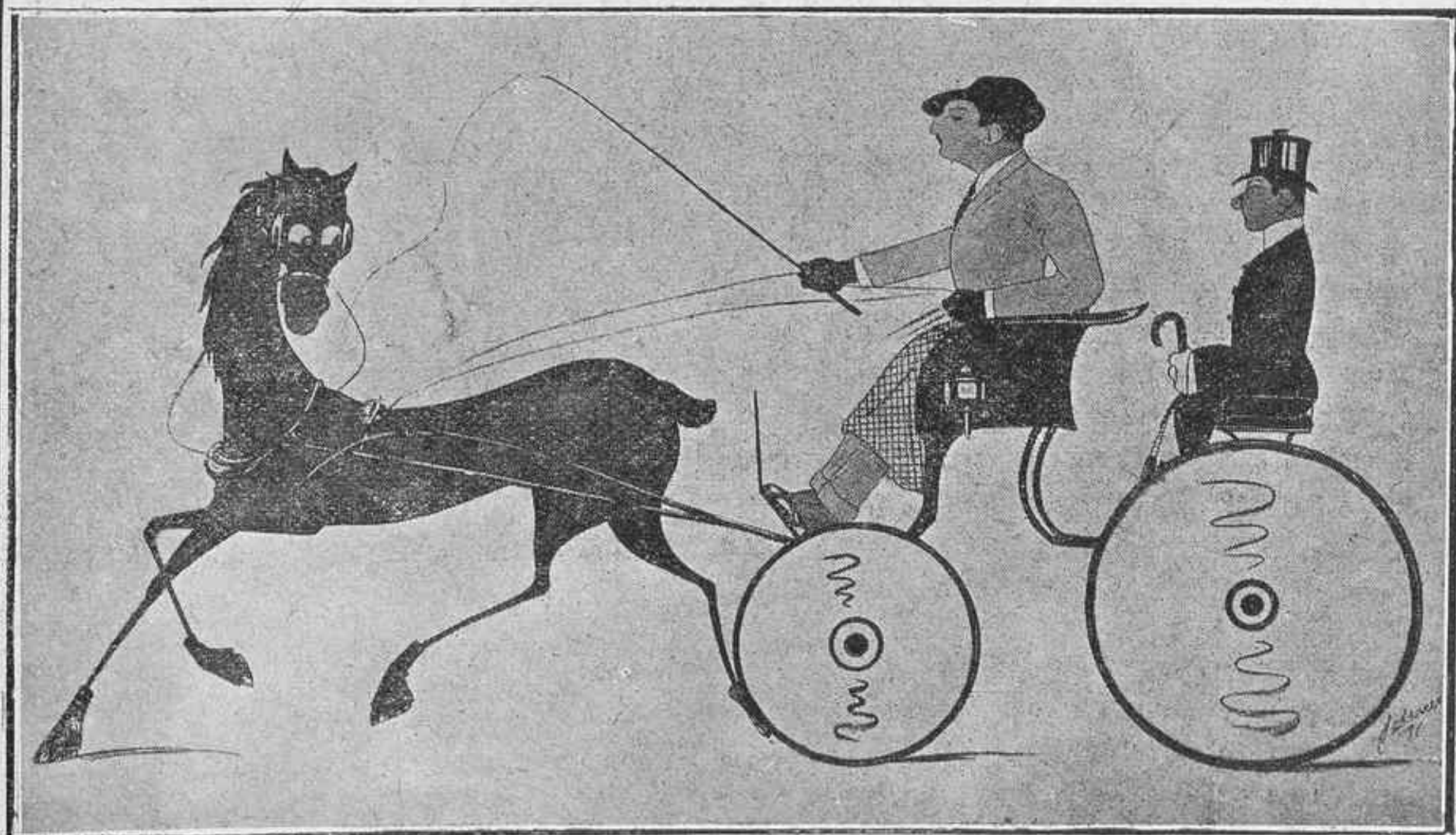
Merecen citarse como modelos en este espiritual género de humorismo, varias caricaturas que llaman poderosamente la atención, algunas de las cuales reproducimos. Todas ellas tienen gracia, ligereza y fluidez en el dibujo, condiciones apreciabilísimas en un artista que quiere y consigue ver la

realidad, la línea, el ritmo, y la figura, sin la tiesura, frialdad y amaneramiento con que aparece á los ojos suspicaces y á los temperamentos poco delicados.

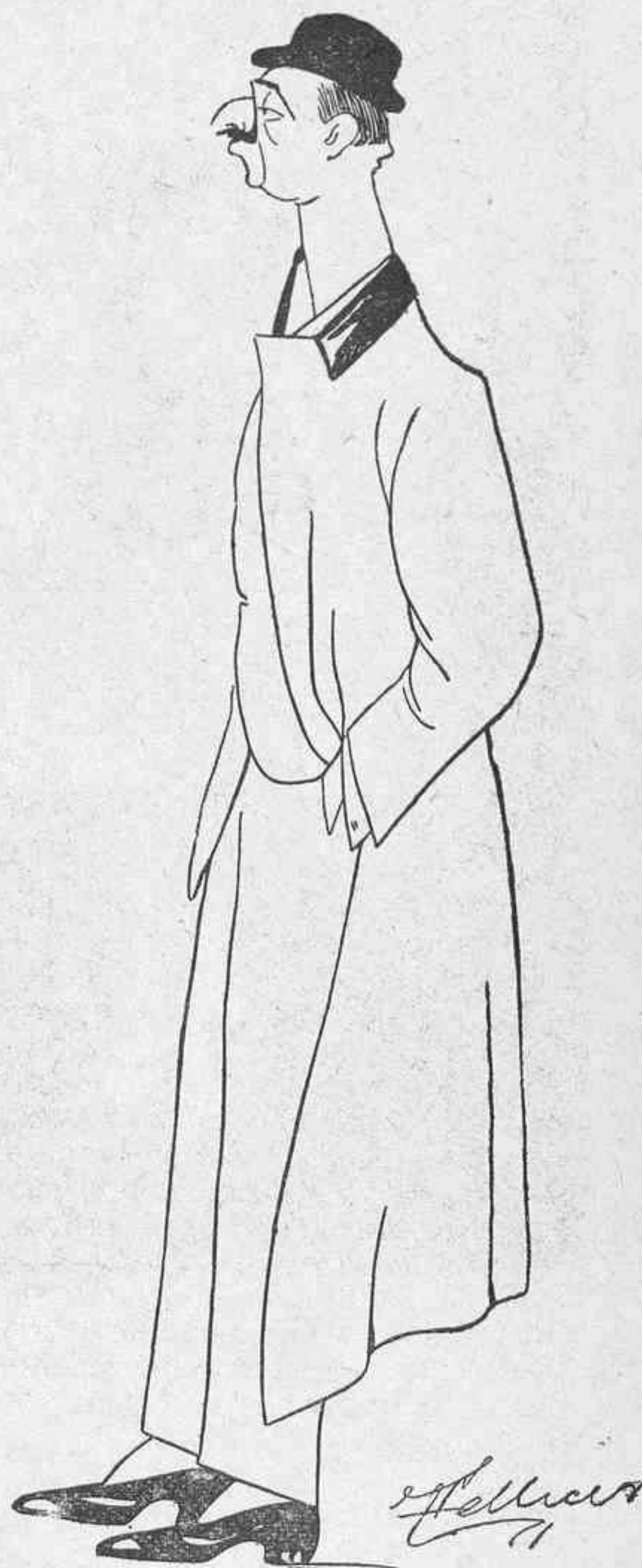
La caricatura quizá es la verdadera y sincera expresión de las cosas y estos refinados humoristas como Tomás Pellicer son unos magos de la emoción que saben dislacerarnos con el espectáculo de lo ridículo, con un distinguido gesto de frivolidad y despreocupación.

La Exposición Pellicer ha sido un verdadero éxito de humorismo y al mismo tiempo de práctico resultado para el expositor ya que casi todas las obras han sido adquiridas.

R.



Caricatura del Duque de Andria.



Manuei de Mendivil.

## Mi candidatura.

Lo tengo resuelto  
y bien meditado:  
Mi candidatura  
presentada está.  
Yo viví completa-  
mente equivocado.  
¡Vengo haciendo *el primo*  
*cincuenta años há!*

Llegan á *doscientas*  
las obras escritas:  
Dieron *en pesetas*  
cerca de *un millón*,  
y las cobran otros  
y no tengo un cuarto,  
y no cabe duda  
que he sido un melón.

El *setenta y uno*  
me agarré al destino:  
De telegrafista  
plaza conseguí.  
¿Vivir en España

de un sueldo mezquino?...  
¿Vivir del trabajo?...  
¡Quial... ¡*No es por ahí!*

¿Mañana, domingo,  
son las elecciones?  
Pues yo me presento  
para concejal.  
Tengo desparpajo  
y tengo pulmones,  
y hasta tengo cara  
*de municipal.*

Tiro del trabajo  
la modesta blusa,  
y tomo en la lucha  
un puesto de honor.  
Tengo *mi distrito*,  
que es el de *la Inclusa*.  
(¡*Veintidós chiquillos*  
me hacen acreedor!)

¡Votadme, acreedores!...  
¡A la lucha, *ingleses!*  
¡Sastres!... ¡Zapateros!...

¡Todos, á votar!  
Están en las urnas  
vuestros intereses.  
¡Llevadme al Concejo  
si queréis cobrar.

¡Yo haré *evacuatorios!*  
¡Yo haré *grandes vías*  
para que el obrero  
consiga vivir!  
Yo he de hacer de todo,  
menos poesías.  
¡Yo haré... lo que en versos  
no puedo decir!

¡*Aux armes*, vecinos!...  
y, respecto á ideas,  
os dire que siempre  
fuí *muy liberal*.  
Ya no hago *quintillas*,  
ni hago cosas feas...  
¡Si me dan el voto  
me hago *concejal!*

José Jackson Veyán.



*Estrafanto.*—Dice usted en su carta: «Creo que ya me conoce usted y temo que por pelma no me haga caso.» Ante esta propia confesión, ¿quien se enfada? No nos ensañaremos con sus versos; pero ¡no lo haga más!

*J. M. y A.*—Si no se decide usted á seguir una carrerita, á pesar de la poca fe que le inspiran, ó no tiene fortuna, le auguro á usted un negro porvenir, porque por el camino de la literatura no *llegará* nunca.

*S. P. L.*—Cristo mandará que se ponga la mejilla para recibir el golpe; pero, seguramente, si hubiera leído los versos que usted nos envía, hubiera modificado su opinión y perdido esa paciencia y mansedumbre evangélica.

*F. T.*—La primera parte de «*Rasgos*» es *sombria*; cuando tenga usted una pasión que ni usted mismo entienda, no se lo cuente á los demás porque les desconcertará; irán «*Menudencias*.»

*Preguntón.*—En efecto, pregunta usted más que un juez. Es usted un hombre que no podría andar entre gitanos.

*E. P. M.*—*Barcelona.* La *treta* de usted nos parece así como las primeras *picardigüelas* de un estudiante de latín. No nos venga usted con esas *tretas*.

*I. G. R.*—Se publicarán sus «*Sonrisas*».

*Don A. C.*—Sevilla.—Tiene usted razón; es imposible que nos neguemos á publicar esa belleza que nos remite.

No la publicamos toda, pero por lo menos un trocito; ahí va:

Adiós, prenda mía,  
que te vaya bien.  
Si ocurre algo, escribe,  
pues ya sabes que  
se te aprecia, se te aprecia, se te aprecia.

Muy requetebonito. Es usted más gracioso que un duro de cosquillas; «sí, señor; sí, señor; sí, señor».

*Don M. M.*—Segovia.—En verdad que es muy lamentable lo que le ocurre con el café; pero eso podría ser motivo para tomarle en casa ó matar al dueño del establecimiento: nunca para atormentar á los lectores con esa poesía, cien veces peor que el café que á usted le sirven.

Tenemos á su disposición el sello de quince céntimos que nos ha enviado para la respuesta.

## Para los vendedores.

Aproximándose las fiestas de Navidad y con el objeto de que los vendedores de periódicos de Madrid puedan obtener el premio á que son acreedores por su constante labor y el entusiasmo y cariño que muestran á diario por todas las publicaciones, la empresa de MADRID CÓMICO, aunque muy modestísima, tiene el honor de solicitar la cooperación de todas las demás, á fin de que por medio de una suscripción pueda reunirse una cantidad de cierta importancia, que dividida en varios premios, sea sorteada entre todos los vendedores de Madrid, con la Lotería Nacional de Navidad.

Esta modesta empresa inaugura la suscripción con la cantidad de 150 pesetas, esperando que contribuyan también los demás periódicos, á cuyo efecto se reciben adhesiones en nuestras oficinas, Preciados, 17, entresuelo.

## NUESTRAS PAGINAS DE MUSICA

Con el fin de que puedan ser reunidas en un álbum las planas de música que publicamos en este periódico, insertaremos en todos los números un cupón para que al final de cada mes puedan recoger en nuestra Administración, Preciados, 17, entresuelo, el Album Musical de Madrid Cómicó, previa la presentación de los cuatro cupones correspondientes.

Nuestros lectores de provincias podrán remitirnos dichos cupones en sobre abierto franqueado con  $\frac{1}{4}$  de céntimo.

Los suscriptores recibirán á domicilio, á fin de cada mes, el Album Musical.

El primer cuaderno de dicho Album contendrá un precioso número de la aplaudidísima opereta, del maestro Strauss, titulada El soldadito de chocolate y la preciosa canción La sombrilla, del maestro Romero, que con tanto éxito canta la bellísima canzonetista Paquita Escribano.

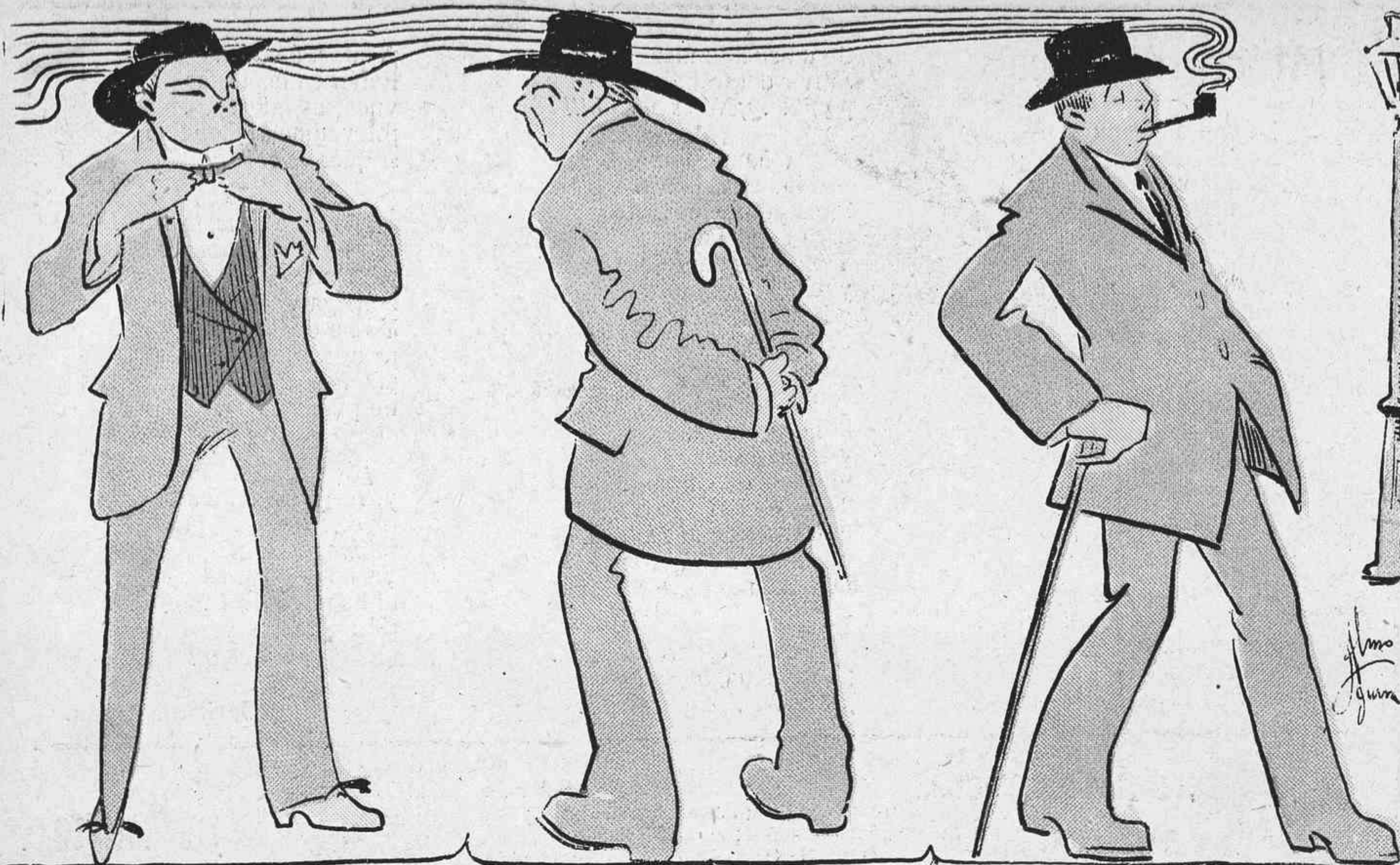
Cupón núm. 2.

Administración: Preciados, 17, entresuelo.

Para ser canjeado á fin de mes, con los cupones correspondientes, por el Album Musical de MADRID CÓMICO.

Nombre .....

Dirección .....



¡Qué corbata más hermosa!  
 ¡Qué forma más hechicera!  
 Ya sé dónde la has comprado:  
**12, Mariana Pineda.**

Para comprarte corsés  
 has de seguir esta norma:  
 que sea bello, elegante  
 y de distinguida forma.  
**Bordadores, 9.**

Este calzado tan bueno  
 es muy bonito y no aprieta.  
 Es fama bien alcanzada  
 la de la casa de **Eureka.**  
**Cedaceros, 11.**

**TUPINAMBA**

*Tupinamba*

*Tupinamba*

**EL MEJOR CAFE**

Anca  
1911

Con el café y el papel **Tupinamba**  
 me sonrió del mismo rey Wamba.